

De la alevosa desigual batalla,
En favor del jayan, entre quebrados
Bajeles pasan por la vil canalla:
Cuando lloroso grito en los costados
De una galera fácil de abordalla
Se oyó de presos, cuya voz aguda
A Dios pedían venganza, al mundo ayuda.

Saltó el diestro leonés en la aferrada
Fusta buscando á quien favor pedia,
Y allí esgrimiendo su atrevida espada
Rayo entre flacas mieses parecia:
Uno hiende, otro parte, otro tajada
La cabeza por medio al agua envia,
A cuál hiere de punta, á cuál de tajo,
Y á cuál arroja al mar del bordo abajo.

Con tanta gallardía volteaba
La diestra espada el jóven valeroso,
Que ya el de mas desnudo se apartaba
De sus mortales golpes temeroso:
Así en el turbio Egeo la mar brava,
Soplando yelo el aquilon nubloso,
Esombra de sus plélagos hinchados
Navios y navegantes destrozados.

Bajó donde la triste voz salía
Sin temor del primer impedimento,
Que quien vivo quedó, mas pretendía
Que su propia venganza, su contento:
Bajó, y vió que en prision estrecha habia
De cerradas cadenas de tormento
Una bizarra escuadra de doncellas
De tierna edad, y de figuras bellas.

A Creta las llevaban los corsarios
Cautivas para ser sacrificadas,
De islas diversas y de pueblos varios,
O bien por fuerza, ó por traicion robadas:
Bernardo, ya rendidos los contrarios,
Y las duras cadenas quebrantadas,
Cercado salió de ángeles gozoso,
Como de estrellas el lucero hermoso.

Un bravo caballero halló entre ellas
De bello rostro y gracia soberana,
Cuya gran perfeccion dió en las mas bellas
Menos perfecta su altivez lozana:
Como la luna humilla las estrellas,
O á los nortes la luz de la mañana,
El así desarmada la cabeza
Con la beldad rendía y la braveza.

El cabello, que al oro obscurecía,
En un nudo de perlas enlazado,
El claro rostro como el nuevo día,
Cuando sale de aljófares bañado:
Y aunque armado un dios Marte parecia,
Todavía su semblante delicado
Mostraba entre caricias y desvíos
De dama mas que de varon los brios.

Los negros ojos con belleza armados
De unas largas pestañas retorcidas,
Como el coral los labios delicados,
Los dientes perlas de rubies ceñidas,
Las mejillas dos soles deslumbrados
De un claro y fino rosicler teñidas,
Y la serena frente tersa y pura
Cielo donde se adora la hermosura.

Bellos arcos las cejas, que á galanos
Golpes la muerte enarca y amor tira,
Y las flechas sus ojos soberanos,
Con que enamora y mata á quien los mira:
El cuello altivo, y las torneadas manos,
De quien la rara perfeccion se admira;
Si aquel sustenta una techumbre de oro,
Estas de amor reparten el tesoro.

Traía descubierto el rostro bello,
Y todo lo demás del cuerpo armado,
Dado al descuido un nudo en el cabello,
Descuido hecho para dar cuidado:

Nadie lo vió, que entre el placer de vello
No quedase en sus hebras marañado,
Y no á pocos también costó la vida
La red de mano del amor tejida.

Quedó Bernardo viendo su hermosura,
Sino del todo preso, ya emplazado,
Que á su grave y honesta compostura,
Cierta heróico valor sintió mezclado:
Y en el brio, el donaire y la figura
De Angélica un vivísimo traslado,
Solo que esta beldad le parecia
Mas tierna y de mas lustre y gallardía.

No se engañaba el español con ella,
Ni en lo que toca á su beldad se engaña,
Que en el Oriente de la reina bella
Del gran Catay nació en una montaña:
O sea Medoro, ó sea la quinta estrella,
Padre feliz de la belleza estraña,
Ella es hija de Angélica, y por ella
La llaman Arcangélica la bella.

Corre por las regiones del Oriente
Ser de Marte feroz hija esta dama,
Que en una alegre caza el dios valiente
De Medoro ocupó la blanda cama:
O sea cuento vulgar, ó sea aparente
Engaño mago, ó lisonjera fama,
La voz corre, y los rastros desta historia
Así el tiempo los guarda en la memoria.

De un antiguo edificio en las ruinas
La rica China al pié de Palavedra
Dos torres conserva hoy en dos esquinas,
Ya de grama cubiertas, ya de yedra:
Y en sus cimientos de turquesas finas
Tres bultos en tres ámulas de piedra,
Y entre el témpano escrito y la cornija,
«Marte, la reina y su invencible hija.»

Es tradicion antigua, y que concuerda
Con la razon del tiempo en sus historias,
Que una reina hermosa mas que cuerda,
Cuyas son destas torres las memorias,
Y guardan que la suya no se pierda,
Por su mano alcanzó ilustres victorias
De príncipes y reyes del Poniente,
Que por hija de un dios fue tan valiente;

Entre cuyos relieves peregrinos
Parte de su beldad se goza impresa,
Que aun las llamas del tiempo en los divinos
Bultos no ha hecho como suelen presa:
De Angélica la bella, y de los finos
Rayos de Marte el gran Quinsay confiesa
Que esta infanta nació, bien que del todo
Si el tiempo ajusta no se alcanza el modo.

¿Quién la medalla de beldad mas fina
Que el tierno sol miró dió á Marte ardiente?
O ¿quién con nombre y opinion divina
La forma se vistió del dios valiente?
Si fue del aire y su region vecina
Algun incubo espíritu potente,
En contrahecho cuerpo cristalino
Como á la madre de Merlin le avino:

Si fue embuste de mago, ó poderoso
Aspecto de feroz planeta altivo,
O en observado punto venturoso
Traza del ermitaño fugitivo,
Que de los labios de coral goloso
Para hurtarles el desden esquivo
Marte se hiciese, y á su pecho frio
Algun Reinaldos diese fuerza y brio:

Del todo la verdad está encubierta,
Solo se sabe que esta alegre hija,
De la célebre Angélica cubierta,
De hierros iba allí en prision prolija
Mas bella que la aurora descubierta,
Cuando al mundo su aljófár regocija,
Y á quien ahora la mira, mas hermosa

Que entre el rocío de abril temprana rosa.

Bien que toda esta gracia y hermosura
Para mayor martirio le fue dada,
Que Venus, por le ser madrastra, jura
Que en amor ha de hacerla desgraciada:
Y la beldad, faltándole ventura,
No es mas que para lástimas criada,
Y pocas gozan de ambas en sus puntos,
Que tentos bienes nunca acuden juntos.

Traía lumbroso arnés y armas grabadas
Con rosas blancas y plumajes de oro,
De varia luz y pedrería sembradas,
De grueso aljófár oriental tesoro:
Con roja sangre á golpes salpicadas,
De braveza y beldad nuevo decoro,
Desarmadas las manos y cabeza
Por extremos de gala y fortaleza.

Sintió el tierno leonés su alma asaltada
De un ciego y no entendido pensamiento,
Juzgando por de dama delicada
Del gallardo donaire el movimiento:
Su alegre mover de ojos, su rosada
Color, su blando y dulce acogimiento,
Si bien en brio parece de otra parte,
No hija suya, mas el mismo Marte.

La gallarda princesa que ha salido
Con las demás en libertad amada,
Y el contrario poder halla rendido
A la altiva opinion de aquella espada,
El nuevo estrago mira repartido
Por la enemiga gente destrozada,
Los bravos golpes, las heridas fuertes,
Y de un solo vencer las varias muertes.

Uno hasta el resonante pecho abierto,
Otro en dos medias partes dividido,
Aquel á golpes desmembrado y muerto,
Y este sin brazos y sin piés tendido:
El corazon tiene otro descubierto,
Otro de un tajo hasta los piés partido,
Este en sus brazos tropezó huyendo,
Y aquel se fue á pedazos consumiendo.

Con razon admirada del destrozo
Del Catay la princesa delicada,
De envidia lleno el corazon y gozo
La invicta mira y valerosa espada:
Y en nuevo sobresalto y alborozo
Desea ver la visera levantada
Al encubierto autor de tal proeza,
Por ver como su esfuerzo, su belleza.

Mas el confuso estruendo de la armada
Que al abordado barco combatía,
A ponerse obligaba otra celada,
Mas que á quitarse la que ya tenia:
Cuando la nao de Persia acelerada
Por medio de las otras se metía,
Hasta llegar donde pelea el gigante,
Y el rey ponerse al lado de Morgante.

Bernardo que le vió, procura en vano
Su barco enderezar á darle ayuda,
Mas en un punto un áspero solano
De nuevo el grueso mar altera y muda:
El aquilon y el ábrego liviano
El día segunda vez vuelven en duda,
Y un descompuesto huracán de tierra
A todos puso en paz con nueva guerra.

De los confusos vientos esparcidos,
Y de las crespas olas arrojados,
Iguales vencedores y vencidos
Por el revuelto mar se ven sembrados:
Todo es confusos golpes y bramidos
De los duros peñascos azotados,
Y de la destrozada plebe el llanto,
Que de la confusion crece el espanto.

Solo en la tempestad que va cargando
La de Morgante y su rigor no cesa,

Que mas que el turbio vendaval bramando,
Cual hinchado raudal rota la presa,
Rompiendo, deshaciendo, y desmembrando
A diestro y á siniestro vuelve aprieta,
Lanzando al agna por los aires vanos
Piernas, brazos, cabezas, piés y manos.

A uno parte por medio, á otro le alcanza
Un revés que le vuela del navío,
A otro que con denuedo se avalanza
Le deja de un ardiente golpe frio:
A este, al otro, y aquel hiere, y se lanza
Entre todos con tal destreza y brio,
Que sin que el ser ligero á nadie preste,
Aquí y allí revuelve, á aquel y áquieste.

Raudal, tal vez así en veloz molino
Furioso suele al levantar la presa
Del espumoso tumbo el remolino,
La ancha rueda mover en igual priesa:
Y el tierno pez, que al curso cristalino
Del rio por su desgracia se atraviesa,
Hecho piezas le arroja, y ni se para,
Ni en lo que hace su furor repara.

No piensa dejar vivo hombre en el mundo,
Que amigos y enemigos hace iguales:
Y ya que su cruel brazo iracundo
Haya igualado á todos los mortales,
Bajar con sus bravezas al profundo,
Y hacer guerra á las gentes infernales,
Y á Lucifer quitar su asiento eterno,
Y ser él la soberbia del infierno.

El sabio Malgesí que allí venia,
Viendo al corzo jayan alborotado,
Que en su favor primero combatía,
Y enemigo comun se ha declarado,
Sacó un secreto libro que traía
De rayas y caracteres tiznado,
Y del navio en el pañol obscuro
Sus nuevos cercos comenzó, y conjuro.

Lo que en el caso obró su encantamiento,
Quién le encaminó allí, y á qué venia,
Cómo tanto al navio creció el viento,
Que ya en los aires navegó algun día,
Dónde fué á dar con su volar violento,
Quién las bolinas y el timon regía,
Qué gentes iban dentro, y de qué modo,
En mejor ocasion lo diré todo.

Que ahora en golfo y tormenta tan deshecha
No es bien dejar al gran Bernardo solo,
Que libres ya de la cadena estrecha
Sacado habia á gozar la luz de Apolo
Mil bellas diosas; ¡pero qué aprovecha,
Si el cielo se turbó de polo á polo,
Y el mundo envuelto en una niebla fria
La esperanza perdió de ver el día!

Ciérrese el aire de una nube obscura,
Y en las tirantes cuerdas brama el viento,
Suenan de voces, llanto y desventura
Un triste son, y doloroso acento:
Unos toman la triza, otros la amura,
Los mas fuera de sí, y todos á tienta,
Cuál va á la escota, cuál al chafaldete,
Cuál busca la mesana, y va al trinquete.

Las tristes damas fuera de prisiones,
Viendo de nuevo el viento y la tormenta,
De nuevo comenzaron sus pasiones,
Y de nuevo cada una se lamenta:
Ruegos, votos, plegarias, oraciones,
Llantos, gritos sin número ni cuenta,
Confusas voces, quejas y gemidos
Rompen el aire, y hieren los oidos.

En ciegos y confusos torbellinos
Los cuatro vientos hacen cruel batalla,
Del crespado Egeo los turbios remolinos
Ya por sus playas el cretense halla,
Y el Jónio sus embates cristalinos

Por los riscos adriáticos encalla,
Llevando el viento en otro igual espacio
Las olas de las sirtes al Carpacio.

No se vió confusion tan temerosa,
Ni el mar sus ondas vió tan alteradas:
Del Norte con borrasca impetuosa
Mil sierras de agua vienen levantadas,
Y del austro la fuerza poderosa
Otras embiste en ellas mas hinchadas,
Dejando el barco en medio sin hundirse,
Y el mar en duda á cual furor rendirse.

Los rayos por los aires escupidos
En las olas causaban nuevos truenos,
En la nao nuevos gritos y alaridos,
En la mar nuevos montes de agua llenos,
Que hasta las altas nubes impelidos,
Sin llover cogian agua de sus senos,
Y aun el barco tal encima dellas,
A su pesar vió el cielo y las estrellas.

Y no furioso azota un solo viento
El combatido golfo que hervia,
Que á defender cada uno el firme asiento
Que el mundo en suerte le aplicó, porfia:
El austro al aquilon hiere violento,
El de Levante al que se traga el dia,
Y cada cual por sí la mar profunda
Teme que su region le anegue y hunda.

Y desta lucha la confusa brega
Al combatido barco hacia provecho,
Que si un golpe al través de mar le anega,
Otro le ayuda á navegar derecho:
Y tan á plomo el viento y mar le llega
De aquí y de allí, que en el confuso estrecho,
Cuando en una ola zozobrando viene,
Otra al contrario llega, y le detiene.

Bien una milla fue metiendo un lado,
A punto ya de zozobrar del todo,
Las velas rotas y el timon quebrado.
Y el bordo dentro de la mar un codo;
Y otro golpe tras él desordenado
Lo enderezó por admirable modo,
Y le sacó de entre las olas, como
Ballena antigua sacudiendo el lomo.

Así un furor con otro se empalaga,
Y así sin orden va entre un mar violento,
Que tantas temerosas muertes traga,
Cuántas olas sobre él encrespa el viento:
Ya por las nubes, ya en el suelo estraga
De las torcidas conchas el asiento,
Ya metiendo de Lo, rota la rienda,
Cada cual á su santo se encomienda.

Quebrados ambos ejes parecia
Venirse abajo la estrellada esfera,
Y que cuanto hay criado se volvía
Al ciego caos y confusion primera:
Así el diluvio universal seria
Cuando la mar voló tan altanera,
Que se tragó sus playas y arenales,
Y escondió el mundo á todos los mortales.

Bernardo en otra mas grave tormenta
Metido el corazon siente anegarse,
Y con ojos y la vista atenta
El alma, sin saber de quien, robarse:
Halla en mirar que el fuego se acrecienta,
Y á truco de mirar quiere abrasarse,
No viendo mas que si estuviera en calma
Del cuerpo el riesgo, en el que corre el alma.

Hermosa vista tiene el mar cubierto
De blanca espuma en olas encrespado;
Hermoso es un gran golfo descubierto,
Y mas hermoso cuanto mas airado:
Mas es á quien lo mira ya del puerto,
Y á su contrario desde allí engolfado,
Que si hay tormenta deleitosa y bella,
Será mirando al enemigo en ella.

Iba la ciega noche amortiguando
La poca luz que sobre el mundo habia,
Y el frio viento y tempestad cargando,
La nao con nuevo miedo acometia:
Y el montañés á todos animando
Otro armado Santelmo parecia,
Que aquí y allí sin descansar un punto,
Provee, anima, acude á todo junto.

La hija de Marte, que con vista atenta
Su desenvuelto brio y gracia mira,
Y que al ciego rigor de la tormenta
Cada una en solo su valor respira;
Que es su teson quien el del mar sustenta,
Y al descompuesto viento enfrena la ira,
Con halagüeño rostro se le llega,
Y así le dice, y que descansa ruega:

«Bravo entre los nacidos, si es posible
Que de un revuelto mundo el peso junto
Hacer no puede á tu ánimo invencible
Que de su real valor descrezca un punto;
Si humillar tu fortuna es imposible,
Y de un dios de la mar hecho un trasunto
Quieres tener en peso vuestras vidas,
Que mil veces sin tí fueran perdidas,

Descansa ahora, y con tu alegre vista
Regala nuestros ojos un momento,
Y ya que el tiempo á fuerzas nos conquista,
Tambien no nos usurpe este contento:
Alza un rato, señor, la sobrevista,
Que estas damas, y yo en su pensamiento,
Deseamos conocer, no por oídas,
A quien debemos la salud y vidas.

No hay enemigo aquí que con recelo
Te pueda hacer que vivas cuidadoso,
Que aun la inclemencia del airado cielo
Basta á enfrenar tu brazo venturoso:
Y así destos azares el consuelo,
Que á nuestros sobresaltos da reposo.
Es tener de nosotras cada una
Colgada su esperanza en tu fortuna.»

Dijo, y las blandas últimas razones
Con voz fueron tan dulce y amorosa,
Que mostró ser en su ademan y acciones,
No caballero, sino dama hermosa:
Y Bernardo mas dentro en sus prisiones,
«Contra la fuerza, dijo, poderosa
De amor, si es enemigo verdadero,
Poca defensa son armas de acero.»

Quitóse el yelmo, y aunque el pardo dia
Por oscuros celajes iba huyendo;
Su rostro así sembró nueva alegría,
Que suspendió á la noche el suyo horrendo:
Su aire, de la española gallardía
En los presentes ojos imprimiendo
Cierta gusto y placer: que siempre agrada
Cualquiera nueva perfeccion mirada.

Suele entre parda nube de aire oscuro
De oro estar una llama amortiguada,
Que á deshora rompiendo el frágil muro
Toda la vuelve en claridad bañada,
Y al que está en sus tinieblas mas oscuro
La ociosa vista deja deslumbrada:
Tal se halló la hija de Medoro
Al quitarse Bernardo el yelmo de oro.

Los blandos ojos con que amor cautiva
El virginal temor puso en el suelo,
El rostro de color de grana viva,
Cual con celajes de oro el claro cielo:
Tan bella entre turbada y pensativa,
Que arder hiciera un corazon de yelo,
Dando en la gravedad de su semblante
Nuevo asalto á los ojos de su amante.

Ella los suyos en Bernardo á veces
Como al descuido pone, calla y mira,
Aquí y allí los vuelve, y las combeces

Del barco mide, y sin querer suspira:
Y viendo sus soberbias altiveces
Rendidas sin pensar, cruel se aira;
Que amor es blanco fuego, y donde prende,
Mientras que mas le ceban, mas se enciende.

Cual simple pajarillo, que en la fuente
De una falsa hermosura convidado,
Su presto vuelo entre la liga siente,
Sin ver cómo, impelido y atajado:
Y mientras menos su prision consiente,
Mas revuelto se halla y mas ligado,
Hasta que al fin se deja de vencido
En el lazo quedar que le ha prendido:

Tal la princesa del Catay hermosa
Sin conocer de quien, se halla vencida,
Y como de una fuerza poderosa
El alma á un dulce sinsabor rendida:
Y el leonés con su vista deleitosa
No tiene el alma con menor herida,
Que á cada encuentro de ojos, por su palma
El corazon le ofrece, y rinde el alma.

«Si son verdades, dice, ó son antojos,
Bellos ojos mostrados tan amigos?
¿Si es con cuidado darme los despojos,
De que los míos son fieles testigos?
Mas no es posible que en tan bellos ojos
Caber pueda celada de enemigos,
Que ojos alegres de cualquiera suerte
Son señales de vida, y no de muerte.»

Esto en su corazon Bernardo siente,
Y en los libres espíritus del alma
Cierta oculta virtud, que en fuerza ardiente
Rendir le hace á su altivez la palma:
Y la nueva beldad que ve presente,
Mientras le tiene su recelo en calma,
Sin saber como, en un divino modo
En sí lo rinde y lo transforma todo.

Mas á este tiempo en la tormenta horrible,
Que de un revuelto infierno era el trasunto,
A un tiempo el ciego viento y mar terrible
El flaco barco acometieron junto:
Cuando el leonés con ánimo invencible
El diestro gobernalle así en tal punto,
Que salir le hizo en admirable modo,
Al tiempo que iba á zozobrar del todo.

A nadie le dejó color entero
En rostro y pecho la ocasion presente,
Que no hay tan esforzado caballero
Que asirse á fuerzas con la mar intente:
Pero con todo el español guerrero
Un punto no humilló su brio valiente,
Como si fuera sin zozobra alguna
El rey del mar, ó el dios de la fortuna.

La bella hija de Angélica llevada
De otra no menor fuerza poderosa,
En dulces pensamientos ocupada,
Ni en la tormenta ni en su mal reposa:
Ya al timon, ya á la vela, ya cansada
Del grave peso de la flecha ansiosa,
Mientras no puede mas toda rendida,
Por los ojos descubre la herida.

Quando en el austro un negro torbellino
La triste nao acometió de lado,
Con que el árbol mayor al agua vino
Por la firme carlinga destroncado:
Rompió el vaiven dos curvas de camino,
De una amura el bauprés quedó colgado,
Rota la triza, y fuera de su engaste
El cuadernal, roldanas y el guindaste.

De nuevo aquí el peligro hizo doblado
El miedo, el ansia, y voces afligidas,
Que ya el barco en rigor se vió anegado
Por dos tablas de un golpe desmentidas:
Nadie saldrá sino es del fin á nado,
Las damas en sirenas convertidas

Lloran la miserable humana suerte,
Que en mar ó en tierra no hay huir la muerte.

Así tal vez en la nevada altura
Del helado Apenino hiere el viento,
Los montes gimen, brama la espesura,
Y á los Alpes asorda el ronco acento:
Y si la encina en su vejez madura
A fuerzas quiere conservar su asiento,
Nunca la tempestad ni el viento pasa
Hasta dejarla por el suelo rasa.

Un barco en esto al grueso bordo atado
Del suyo el gran leonés vió que venia,
Nueva esperanza al pecho alborotado
Que mas fuerzas mostraba que sentia:
Pues del confuso viento y su cuidado
Nada en su alma sin tormenta habia,
Siendo el riesgo mayor en el que ahora
El recelo le pinta á su señora.

Mas no tan presto en la montaña de Ida,
De Júpiter el águila ligera,
Tras de la amada presa conocida
De la encubierta nube salió fuera,
Y á la tierna beldad troyana asida
Con su robo á buscar volvió su esfera,
Como el brio español el barco puso
Del bordo al agua, y en el agua al uso.

Y sobre un firme cabo reforzada
Su inquietud contra el sordo mar y el viento,
De las damas la escuadra alborotada
Del bajel ocupó el humilde asiento:
Y ayudando la hija regalada
De Angélica al autor de su contento,
En un punto dejaron el navio
De hermosura y de lágrimas vacío.

Solo faltaba el nuevo caballero,
Y de la bella china una doncella
Por saltar dentro, cuando el viento fiero,
Al cruel rigor de una enemiga estrella,
Rompiendo el cabo le apartó ligero;
Que Venus sigue á su entenada bella,
Y tiene por de burlas la tormenta,
Si el soplo de la ausencia no la aumenta.

Así tal vez por la caverna oscura
Del sacro monte Ténaro sin vida,
De Euridice la sombra mal segura
A los ojos se fué desvanecida
Del amante de Tracia sin ventura,
Que á detenerla con su amor asida,
Los brazos le arrojó, y sacó en la mano
La ocasion sola de llorarla en vano.

Tal el barquillo lleno de hermosura,
De luceros, de estrellas, y de soles,
Por el espanto de la noche obscura,
Sin ver donde, escondió sus arreboles.
No hay persona en la mar ni hora segura,
Todo en ella es mudanza y tornasoles,
Que es reino de una dama que sin duda
De solo ser mutable no se muda.

Lo que allí sucedió al bajel hermoso
Parte despues será de un nuevo aliento,
Que ahora veo en gran riesgo el mas brioso
Pecho que ató la mar, ni rompió el viento:
Y á su arruinado barco perezoso,
Sin gobernalle ya, y sin movimiento,
Cada golpe de mar que le da entero,
De la fortuna parecia el postrero.

Es el mudable Jónio un mar violento,
De tempestades lleno, y de bajíos,
De yertes arrecifes, donde el viento
Rompe y hace pedazos los navíos:
Sus islas pobres, y de mal asiento,
Asperas, escabrosas, de aires frios,
Donde Itaca fue un tiempo celebrada,
Por el prudente Ulises patria amada.

Entre ella y el seno Ambrico famoso,



Que ahora son los golfos de Lepanto,
Donde el hijo de Carlos poderoso
Al espanto del mundo puso espanto,
Al roto barco del leonés brioso
La luz le amaneció del cielo santo,
La mar algo tratable, el recio viento
No tan desconcertado ni violento.

Parecía que fortuna ya cansada
De luchar con los aires se rindiese,
Y vencida, á la fusta no domada
La palma y vencimiento concediese:
La tierra ya de lejos saludada,
Que el alto Epiro se entendió que fuese,
Por donde el vasto Jónio se atraviesa,
Y el firme pié al Acroceraunio besa.

Mirando estaba el español valiente
De Alciono los jardines celebrados,
Y Léucada engolfada al mar de Oriente,
Siendo antes tierra firme sus collados;
Y el promonto Fálaro eminente,
Que en uno de sus riscos encrespados
(Si debe ser la antigüedad creída)
La nao quedó de Ulises convertida.

La florida Zacintos, y á su diestra
Los altos montes de Cefalonía,
Donde el reino Teléboe se le muestra,
Que por sus costas de robar vivía;
Y la ondosa canal á la siniestra,
Que abrió á pesar de Italia estrecha vía,
Para pasar sus olas enrizadas,
De nobles terebintos coronadas.

Aquí el barco á la luz del nuevo día
Perdido se halló, aunque no anegado,
Ya sin fuerzas la gente que tenía,
Si alguna en tanto riesgo habia sobrado:
Olfa, que así la dama se decia
De la princesa del Quinsay dorado,
Perdida su señora de improviso,
Arrojarse en la mar turbada quiso.

Y mil veces sin esa lo hiciera,
Si el nuevo amante no la reportara,
Y en discreto decir, la pena fiera
Que el alma le oprimió no le ablandara:
Donde á vueltas tambien le ruega quiera
Decirle algo de aquella beldad rara,
Que á ambos dejó en confuso desconsuelo
¿Quién sea, de qué nacion, qué tierra, ó cielo?

Olfa que en las grandezas del mancebo
Ser algun disfrazado dios creia,
«Marte invencible, hijo, á quien ya debo
Mil vidas, oye...» y proseguir quera;
Cuando con nueva voz, y espanto nuevo,
El roto barco en dos ven que se abria,
Que ya encallado en una firme peña,
La muerte á todos dió la postrer seña.

El sentarse en el áspero bajo,
Y hacerse á un golpe dos ¡extraña cosa!
Fue todo á un tiempo, y con un norte frio
Bramar la mar de nuevo temerosa:
De todos solo el castellano brio
Quedó entero en su fuerza poderosa,
Que los demás con solo el temor ciego
Por muertos se contaron desde luego.

Fuese hundiendo el barco destrozado
En ancho y espumoso remolino,
Donde bien su valor mostró abreviado
Del Casto Alfonso el sin igual sobrino:
Que de su arnés lumbroso despojado,
Sobre la gruesa rosca de un gran pino
La bella china puso desmayada,
Ya en sus mismos temores anegada.

Y dando con sus armas á la entena
Rico peso, tambien por no dejallas
Donde el antiguo griego en nueva pena
Por culpa suya trate de guardallas:
Entra la erespa mar de espumas llena,
De sus olas rompiendo las batallas,
La playa busca, cuando al turbio viento

Fortuna al parecer da nuevo aliento.

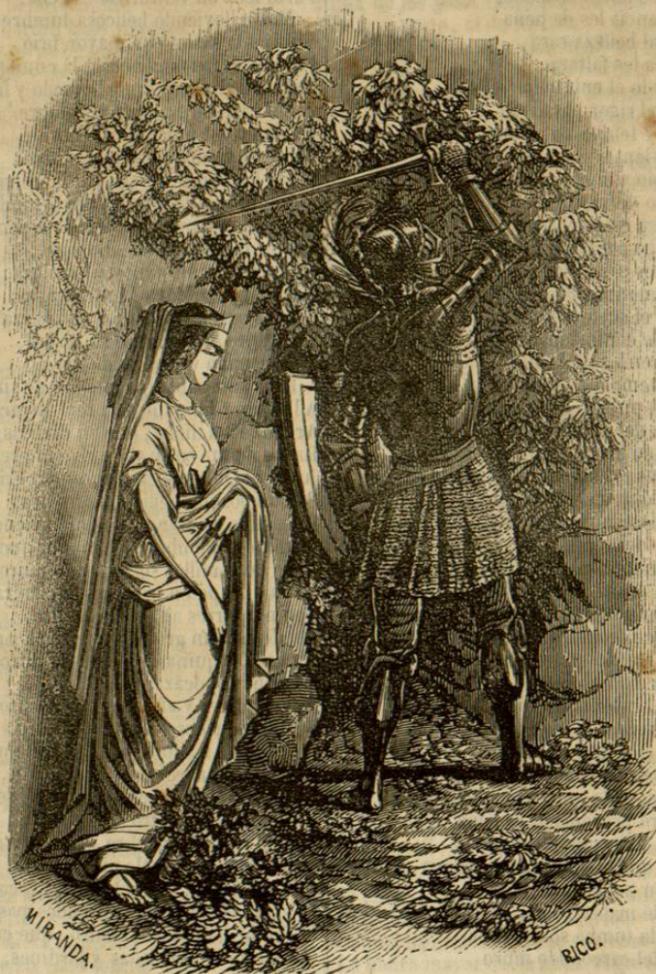
LIBRO DÉCIMOCUARTO.

ALEGORIA.

Por las fiestas de Francia, tantas veces repetidas, y tantas estorbadas de inconvenientes, se muestra la poca estabilidad de los placeres humanos, y cuan inciertas son sus esperanzas, y los muchos estorbos que les salen al camino. Morgante es figura de la ira, que sin guardar término ni razon, desenfrenadamente corre á su venganza: y los monstruos de Creta lo son de la desorden de un reino, donde el rey deja la senda de la virtud. Por Bernardo, que se enamora de Arcangélica en medio de una gran tormenta, se dice que el hombre enamorado del apetito de la venganza figurado en Arcangélica, es llevado por mil tormentas y sobresaltos á dar al través consigo, y quedar perdido.

ARGUMENTO. Sale Bernardo arrojado de la tormenta á la costa de Acaya en compañía de Olfa, que le da cuenta de quien sea Arcangélica, cómo salió tan valerosa en armas, y la opinion que hay de que sea hija del dios Marte: tocando á vueltas de su discurso una galana geografía de casi toda la Asia. Bernardo entra en la cueva de la diosa Témis, donde halla un admirable retrato de la vida humana, y los monstruos que al mundo paren la ignorancia, y el engaño.

QUAL bello cisne sobre el crespado vado
De Meandro, sin que en él se le consuma
Del blanco pecho el tumbo levantado,
Cercos engarza de liviana espuma;
Y en remolinos de cristal cuajado



Humedeciendo va la hueca pluma,
Hasta que al fin entre la juncia verde
Al suave son de su cantar se pierde.

Así luchando el español guerrero
Por las saladas ondas discurría,
Diestro piloto hecho y marinero
A la pesada entena en que venia:
Dando consuelo al llanto lastimero
De Olfa, que en hermosura parecia
Bella sirena, si de cuando en cuando

En cantar convirtiera el ir llorando.

Que sea el fuerte Triton, ó el rey Neptuno,
O la mudable imagen de Proteo,
El crespado mar sospecha; que ninguno
Que sea mortal alcanza igual trofeo:
Y así por dios del mar de uno en uno
Cuantos los campos cruzan de Nereo
Le rindieron debido vasallaje,
Y anunciaron el próspero viaje.

Hasta que la fortuna ya afrentada